

Touraine, Alain

Le nouveau siècle politique

PARÍS, SEUIL, 2016

Alain Touraine acaba de publicar su último libro titulado *Le nouveau siècle politique* (El nuevo siglo político) en la editorial Seuil. Es preciso recordar que, tras crear el Laboratorio de Sociología Industrial en 1958, que se convirtió en el Centro de los Movimientos Sociales de la Escuela Práctica de Altos Estudios en Ciencias Sociales en 1970, este sociólogo galo fundó y dirigió hasta 1993 el Centro de Análisis y de Intervenciones Sociológicas (CADIS). Tras iniciar su carrera profesional como investigador en el CNRS, se convirtió en Director de Estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París en 1960 y fue igualmente catedrático de Sociología durante un breve periodo (1966-1969) en la Facultad de Letras de la Universidad de París X-Nanterre. Su labor es internacionalmente reconocida, convirtiéndose en una de las principales figuras de la sociología a nivel mundial. Prueba de ello es que ha sido nombrado *doctor honoris causa* de numerosas universidades francesas y extranjeras, entre las cuales podemos citar las Universidades de Ginebra, Montreal, Lovaina, Bolonia, Nueva York, México, Santiago de Chile, Colombia, Córdoba, La Paz, Perú, etc.

Autor de una abundante bibliografía, su obra aspira a crear una sociología de la acción que se ha convertido progresivamente en una sociología del sujeto y del proceso de subjetivación, al considerar que la experiencia moderna debe reconstruirse en torno a esta figura. Su trabajo se divide en tres periodos.

- El primero, dedicado a la sociología del trabajo en general y a la conciencia obrera en particular (1966), desemboca en la redacción de su primer libro que versa sobre la evolución del trabajo obrero en las fábricas Renault (1955). Le permite igualmente precisar los fundamentos de su sociología, especialmente en *Sociologie de l'action* (1965), *La société postindustrielle* (1969) y *Production de la société* (1973).
- El segundo periodo, fuertemente marcado por el movimiento de Mayo del 68 y los golpes militares en América latina, se caracteriza por el interés prestado al movimiento obrero (1984) y, sobre todo, a lo que denominará los nuevos movimientos sociales (NMS). Para ello, se rodea de jóvenes sociólogos prometedores, entre los cuales figuran Michel Wieviorka y François Dubet, y elabora el método de la intervención sociológica, teorizada en *La voix et le regard* (1978), que le permiten desarrollar un ambicioso programa de investigación sobre los movimientos estudiantil (1978), antinu-

clear (1980) u occitanista (1981). Ese interés se extiende a Europa del Este, con su famoso estudio dedicado al sindicato polaco Solidaridad (1982), y a América latina, como su obra cuyo título es significado: *La Parole et le Sang* (1988).

- La tercera y última fase, que traduce un giro de su reflexión hacia el actor y cada vez más hacia el sujeto, se inicia con *Le retour de l'acteur* (1984) y se despliega en la trilogía compuesta por *Critique de la Modernité* (1992), *Qu'est-ce que la démocratie?* (1994) y *Pourrons-nous vivre ensemble? Egaux et différents* (1997). A partir de entonces, el sujeto y su búsqueda se convierten en centro de atención del autor al constituir el principio central de acción de los movimientos sociales. Progresivamente, los estudios sociológicos con base empírica dan paso a una reflexión de carácter filosófico.

Le nouveau siècle politique se ubica plenamente en esta última fase. En él, parte de la constatación de que las elecciones presidenciales francesas de 2017 se caracterizarán por el enfrentamiento electoral entre tres corrientes políticas (la izquierda, la derecha y la extrema derecha) y por el rechazo que suscitan sus candidatos respectivos (pp.7-8). Este rechazo se extiende al conjunto de la clase política que es acusada por parte de la ciudadanía gala de defender unos intereses particulares en lugar de promover el interés general (p.8). Según Touraine, los electores manifiestan un desaliento radical que se traduce por un incremento de la abstención y un pesimismo a propósito del estado del país (p.8). El desacredito que padece la clase política resulta de su “incapacidad para hacer frente a la globalización que se ha instalado a partir de 1973” (p.9). Da cuenta, asimismo, de la salida progresiva de la sociedad industrial y del hecho de que Francia, al igual de los países que lo rodean, no tenga una idea clara del tipo de sociedad en fase de construcción (p.10). En ese sentido, la parte fundamental de los problemas actuales, empezando por la crisis de los partidos políticos, resulta de una insuficiente conciencia de la mutación histórica a la que nos enfrentamos (pp.17-18)

Estos fenómenos provocan, hoy en día, una descomposición de la izquierda moderada que se aleja de la izquierda radical y que se muestra incapaz de reactivar la economía y de reducir el desempleo, en un contexto marcado por el triunfo del capitalismo financiero y del predominio de la comunicación. De hecho, el “poder busca dominar las representaciones, las opiniones, las decisiones, las elecciones vitales y todo lo que concierne la personalidad, sin por ello renunciar al control de los bienes materiales y del capital” (p.13). Por lo tanto, se desarrolla un poder que tiende a ser total, puesto que es a la vez socioeconómico, político y cultural, de modo que la oposición a semejante poder deba ser igualmente total (p.13). Como lo subraya el autor, “frente a un poder total, la resistencia debe hacer un llamamiento a [los] derechos fundamentales, al derecho de existir y de ser reconocido como sujeto” (p.14),

en la medida en que cada persona exige ser respetado en su dignidad y no ser humillado, lo que alude a dimensiones propiamente éticas (p.14). En otros términos, en las sociedades contemporáneas, “el actor social principal, el que es capaz de combatir un poder total, ya no puede ser un movimiento social, sino un movimiento más completo, más total, (...) basado en la invocación de la democracia y de la dignidad humana” (p.14).

Para el sociólogo galo, hemos pasado de una sociedad representada como una pirámide, cuya base está formada por la economía y las relaciones de producción, y a la cumbre de la cual la política y la cultura expresan una dominación de carácter económico, a una sociedad que se fundamenta en unos principios éticos que deben aplicarse a todos los ámbitos (pp.14-15). En ese contexto, “la acción colectiva (...) no manifiesta solamente ni principalmente las contradicciones internas de una dominación económica y política; [sino que] manifiesta sobre todo un modo histórico de afirmación de los derechos y de la legitimidad social y política de lo que (...) es un movimiento de liberación del sujeto humano” (p.16). Touraine considera que esta transformación de la política y de la acción colectiva, que provoca una descomposición de los partidos e ideologías, es completa y radicalizada por la desaparición de los “intelectuales orgánicos” (p.17). Ante esta situación, el autor estima necesario proceder a una transformación del análisis y a una modificación de las finalidades y de los medios de acción políticos (p.15). En otros términos, es indispensable “emanciparse del marco de [análisis] y de acción proveniente de la sociedad industrial y preindustrial para proyectarse en (...) la sociedad de la comunicación donde se desarrollan, por un lado, sistemas de poder totales, y, por otro, movimientos sociales [ético-democráticos]” (p.17).

Una vez fijado el marco analítico, Touraine dedica el primer capítulo de su último libro a la cuestión nacional. Observa que “la cuestión nacional parece haber sustituido la cuestión social en el centro de [la] vida política” (p.23); sabiendo que, “la crisis del Estado nacional es la consecuencia de la globalización de la economía y, más directamente, de la creación de super-Estados que a veces solo tienen un poder limitado, como la Unión Europea, pero que a veces se sustituyen a unos Estados nacionales que destruyen o intentan destruir” (p.23). Para Touraine, los que proclaman, en nombre de la globalización económica, la superación de los Estados nacionales son los principales responsables de la transformación de la conciencia nacional (p.28). Considera que, “frente al triunfo, a la vez, de los mercados y de los imperios, (...) la defensa de los intereses populares pasa por el Estado nacional (...) como instrumento de la democracia y [de la] capacidad de acción colectiva” (p.29).

Pero, el sociólogo galo estima que el papel del Estado debe ser modificado en profundidad, ya que debe ante todo garantizar a los trabajadores y a los desemplea-

dos, a los alumnos y a los estudiantes, a los enfermos y a los discapacitados, la mayor autonomía posible, el mejor uso posible de los espacios y tiempos libres (p.30). A su entender, conviene igualmente modificar nuestra concepción de la nación y de la conciencia nacional (p.36) en un contexto marcado por el cuestionamiento de la nación concebida como “la unidad geográfica e histórica donde se constituyen las orientaciones generales de la vida social y, por consiguiente, los objetivos que se encuentran por encima de los intereses particulares” (p.30-31). Hoy en día, la nación ha dejado de ser el principio que confiere su unidad a la vida social” (p.32).

Según Touraine, esta necesaria revisión de nuestra concepción de la nación debe tener consecuencias directas sobre nuestra actitud hacia los inmigrantes y los refugiados (p.38), dado que “el primer principio de una política de inmigración y de acogida de los inmigrantes debe basarse en la aceptación de una integración social fundamentada en la diversidad cultural” (p.39). El autor estima que “una nación solo es grande en la medida en que se define a sí misma como portadora de valores universales, de manera que, al solicitar el acceso [al asilo o] a la nacionalidad de ese país, un hombre o una mujer manifiesta su apego a unos derechos universales, especialmente el de libertad de conciencia, de opinión y de expresión” (p.39). En este sentido, sugiere pensar la nación como el lugar de desarrollo por excelencia de las libertades políticas, sociales y culturales (p.41). Al contrario, si no está asociada a valores universales, la nación corre el riesgo de reducirse a la expresión social de un poder estatal definido en primer lugar por unas fronteras y un territorio unificado por leyes y costumbres (p.42). En otras palabras, “las naciones pueden deformarse hasta el punto de convertirse solamente en la voz de los Estados que se sustituyen a los actores sociales” (p.41).

Por lo cual, según el sociólogo galo, la globalización económica, la formación de nuevos imperios y de entidades políticas multinacionales, como la Unión Europea, nos obligan a adoptar una nueva concepción de la nación que la distinga fuertemente del Estado (p.42). “La conciencia nacional debe, por lo tanto, definirse en términos de derechos, lo que corresponde al nivel alcanzado por las sociedades abiertas de inspiración individualista” (p.43). Esto significa, para el autor, que los Estados nacionales deben basar su legitimidad en la defensa del universalismo, del pensamiento crítico y de la ciencia generada por la sociedad civil, por una parte, y, en los derechos humanos fundamentales, por otra parte (p.42).

Según Touraine, este enfoque exige un nuevo análisis de la noción de derechos humanos y, sobre todo, de las interpretaciones puramente individualistas que se realizan a menudo de los mismos (p.43). De hecho, la afirmación de los poderes totales, a la vez políticos, económicos y culturales, obliga los oponentes a salir de los límites de las instituciones tradicionales y a hacer un llamamiento a una concepción más

amplia de sus propias reivindicaciones, aludiendo a una concepción ética de los derechos humanos que se opone tanto a los poderes totales como a las obsesiones comunitaristas (p.45). Se les añade un tercer adversario: el contra-movimiento social, que se encuentra al servicio de las clases dirigentes apoyadas en las antiguas clases medias amenazadas de declive. Estos contra-movimientos sociales, que progresan tanto en Europa como en Estados Unidos, se nutren de la crisis económica que incrementa las desigualdades sociales y amenaza de pobreza y exclusión a amplios sectores de las clases populares (pp.45-46). En definitiva, esta concepción ética de los derechos humanos se afirma “en un contexto político e ideológico de descomposición de la democracia, al tiempo que los partidos políticos y los movimientos sociales de la época industrial han perdido su capacidad movilizadora” (p.46).

En semejante contexto, el llamamiento a una concepción puramente defensiva de los derechos humanos se sustituye a todas las formas de acción política, lo que limita su impacto (p.46). De hecho, tanto en Europa como en Estados Unidos, los movimientos sociales con un fuerte componente ético no han conseguido derrocar los poderes totales ni reducir los contra-movimientos sociales comunitaristas (p.46). A ese propósito, el sociólogo galo precisa que “la invocación ética y no política de los derechos [humanos] no debe ser considerada como la expresión de una concepción individualista de la acción humana, puesto que es ante todo la expresión de una oposición a la pretensión [del] poder total (...) de controlar el conjunto de las conductas humanas” (p.46). En ese sentido, el reconocimiento de la naturaleza ética de estos derechos va de la mano de su implicación en las manifestaciones sociales más concretas; sabiendo que estas manifestaciones ya están presentes en la vida pública y en los movimientos de opinión que condenan y combaten las fuerzas dirigentes que amenazan el respeto de los derechos humanos fundamentales (pp.46-47).

Prosiguiendo su reflexión, Touraine constata que “la historia política de Francia [y de los países de su entorno] a partir de los años 1990 y hasta hoy en día ha estado dominada por la fragmentación de la izquierda” (p.48). Resulta de la descomposición de la cultura política de la sociedad industrial así como de la interpretación general en términos económicos y sociales que la sociedad realiza de sí misma (p.47). Esto va acompañado de un debilitamiento de todas las categorías sociales de análisis y de acción y, por lo tanto, del enfrentamiento directo y sin mediación política entre los intereses económicos dominantes y el llamamiento a los derechos humanos fundamentales (pp.48-49). En la sociedad actual, el conflicto central opone el poder total al deseo de subjetivación y de afirmación de sí mismo como sujeto libre y creador (p.47). Esto da lugar, no tanto a un movimiento social, sino a un movimiento a la vez ético y democrático que se manifiesta en una relación consigo mismo y en unas

conductas culturales, de modo que “es a menudo en la vida privada donde se revela [en mayor medida] la voluntad de transformar la vida social” (p.49).

Para el autor, el mundo de este inicio del siglo XXI está dominado, por una parte, por el poder total de los imperios, y, por otra parte, por las obsesiones comunitaristas que se oponen a la globalización dominada por el capitalismo financiero. Entre estas dos fuerzas, igualmente destructivas para los derechos humanos fundamentales, las fuerzas políticas y sociales de izquierdas, socialdemócratas o de progreso se fragmentan y se descomponen, creando un vacío, dado que los nuevos actores sociopolíticos son incapaces de combatir con éxito los imperios y las dictaduras comunitaristas (p.57). En ese contexto, según el sociólogo galo, la izquierda debería combinar tres orientaciones principales: 1) la concienciación de la necesaria formación de movimientos ético-democráticos vinculados a una variedad de problemas concretos y que exigen respuestas políticas; 2) el fortalecimiento indispensable de la acción y, sobre todo, de la capacidad de acción de las categorías implicadas en la economía global y que padecen con dureza la dominación ejercida por los élites dirigentes sobre el conjunto de la sociedad; y 3) el reconocimiento de la nación como nivel de intervención más adecuado para luchar contra el poder total de los nuevos imperios y de sus aliados (pp.58-59).

En el segundo capítulo del libro, consagrado a la cuestión religiosa y a la laicidad, el autor indica que, “en este mundo amenazado de todas partes por todas las formas de poder total, la defensa de la laicidad es la del último territorio donde se refugian los defensores de la libertad del espíritu, de la diversidad de las culturas y, ante todo, de los derechos humanos más fundamentales, los que nos hacen reconocernos como ciudadanos de la humanidad” (p.70). La laicidad, que resiste a estos poderes, solo puede ser una virtud fuerte y una afirmación intransigente de los derechos humanos que deben ser situados por encima de todos los poderes y de todos los privilegios (p.70). Para Touraine, la laicidad es “la afirmación del universalismo de los derechos humanos contra todos los particularismos, los egoísmos y [las violencias], sean cual sean las formas bajo las cuales todos estos poderes se manifiestan” (p.72). En otras palabras, la laicidad “define el espacio en el cual, desde hace varios siglos, bajo las formas más diferenciadas, se ha afirmado y se afirma de manera cada vez más fuerte la libertad de [las mentes] (...) y de los cuerpos” (p.73).

En el tercer capítulo del libro, titulado “Yihad y yihadistas”, el autor observa que las sociedades europeas y norteamericanas están directamente amenazadas por los atentados dirigidos a la vez contra la vida de las personas, contra las leyes e instituciones democráticas, pero también contra las libertades fundamentales (p.83). Reconoce que estos atentados tienen motivaciones religiosas pero que son igualmente la expresión “del rechazo e incluso del odio de la sociedad [occidental]” (p.84). De

hecho, en estos países, los musulmanes están estigmatizados y discriminados “por la presencia de un anti-islamismo cristiano tradicional (...), por el efecto de la dominación colonial, [y] por la identificación de los musulmanes a los asalariados que ocupan los niveles profesionales y económicos más bajos en la sociedad” (pp.84-85). Esta hostilidad hacia la población musulmana es multiplicada por los atentados islamistas que aumentan el rechazo por parte de la sociedad (p.86).

“En el seno de la población inmigrante [de origen musulmana] más pobre, es decir la que se ve afectada por las discriminaciones y la segregación, el odio se manifiesta más fuertemente y [se transforma] más fácilmente en violencia” (p.95). En ese sentido, la crisis económica prolongada, que se inicia en 2007-2008, y el fracaso de todos los intentos de enderezamiento han conducido al rechazo de las instituciones por las categorías sociales más afectadas por la crisis y a la pérdida de confianza en sus gobiernos (p.96). En ese sentido, como lo pone de manifiesto Khosrokhavar (2015), para los yihadistas, la religión “es [ante todo] un instrumento de negación, de destrucción y no de adhesión a la fe, lo que el Islam, religión definida por el sometimiento a Dios y de escaso contenido dogmático, autoriza más fácilmente que otras [religiones]” (p.98). En ese sentido, el Yihadismo es un anti-movimiento social, dado que manifiesta el deseo de destrucción y de muerte (p.99). “Si el Yihad es obra de muerte y no de liberación, es que es fundamentalmente negación de cualquier intento de acceder a un nivel más elevado de historicidad, es decir de auto-creación y de auto-afirmación de una sociedad moderna que se fundamenta tanto en la conciencia positiva de su creatividad como en sus recursos materiales e institucionales” (p.101).

En el cuarto capítulo del libro, centrado en el sistema educativo, el autor constata que dicho sistema está muy segregado, lo que constituye uno de los principales peligros que amenazan la sociedad, porque el incremento de las desigualdades genera resentimiento y rechazo de las vías de acceso al conocimiento” (p.112). De la misma forma, “los alumnos no son tratados como seres libres (...) sino encerrados en un modelo históricamente desfasado en virtud del cual se les explica que tienen derechos pero solo gozarán de ellos cuando sean adultos” (p.115). A menudo, nos dice Touraine, el rol del sistema educativo, a todos los niveles, se reduce (...) a organizar la presentación de los conocimientos disponibles cuyo ámbito no deja de extenderse y de diversificarse bajo el efecto de la globalización de la información y de la comunicación vía los medios de masas y las redes sociales (p.117). Al asignarle un papel creciente de selección, “refuerza el vínculo que se establece (...) entre la adquisición de conocimientos y las jerarquías sociales y políticas” (p.117). A su vez, la escuela tradicional está organizada en torno a dos principios básicos: la transmisión de conocimientos y la socialización, es decir la preparación a entrar en una sociedad dotada de unas formas de autoridad y de jerarquía, de recompensa y de castigo (p.120).

Ante esta situación, Touraine estima que el sistema educativo no debe estar al servicio del Estado sino de la libertad, de la igualdad y de la dignidad de cada ser humano, es decir de la vida y creatividad de cada uno (pp.110-111). En ese sentido, la escuela debe ser un vector de emancipación y de superación de las barreras sociales (p.111) y no debe consistir en formar patriotas sino mentes tolerantes. “La escuela debe igualmente estar al servicio de la razón y del pensamiento que nos permitan comunicarnos y comprendernos” (p.111). Esto implica que el sistema educativo se dé a sí mismo una mayor libertad (p.113). Asimismo, “es necesario dar claramente la prioridad a la subjetivación de los jóvenes sobre las funciones de socialización de la escuela. Esta debe ponerse al servicio de la conciencia de uno mismo y de la reflexión sobre sí mismo, orientadas hacia la defensa de los derechos humanos universales. Es a partir de ese fin que conviene organizar los demás niveles de funcionamiento de la educación” (p.114). En ese sentido, los docentes no deben reducir los alumnos a su dimensión estrictamente escolar sino que deben aprovechar el relativo aislamiento en el cual actúa la escuela para valorizar la historia y los proyectos personales de cada uno (pp.114-115). A su vez, es preciso que “la escuela haga elevar los alumnos del nivel de las prácticas al de las interpretaciones, pasando por el del análisis científico y documental” (p.118).

En el quinto capítulo de la obra, consagrado a la cuestión ecológica, el sociólogo galo observa que, con la crisis ecológica, se cuestiona la modernidad misma, como gran alianza entre la industrialización y el bienestar, basada en la acción social y la redistribución. “Es, por lo tanto, la descomposición de la acción política que se halla iniciada” (p.130). En ese sentido, más allá de la crisis económica e industrial, “se produce ante nuestros ojos, la ruptura de una cultura definida por la creencia en la razón y la confianza en la acción social, cuya unión ha formado (...) el progreso” (p.130). En otros términos, la sociedad y la cultura industrial no viven solamente una de las numerosas crisis que han marcado su historia, sino que asistimos a la descomposición de la civilización industrial o, dicho de otra forma, a la implosión de una sociedad industrial globalizada (p.130). En ese contexto, nos dice el autor, “la defensa del medio ambiente es muy importante porque es la condición previa a la entrada en la sociedad de la creación. Es la razón por la cual la ecología es a la vez un ámbito de estudios científicos y una corriente de opinión” (p.136).

En el sexto capítulo, dedicado al cambio de siglo político, Touraine constata que, tras un periodo de construcción y de modernización, a pesar de las guerras coloniales, Francia, así como numerosos países de su entorno, se ha enfrentado a la globalización económica y a la irrupción de los países emergentes que han desembocado en su desindustrialización y en la fragmentación de la clase obrera afectada por el desempleo y la relegación social (p.139). De hecho, “el mundo obrero, el de los jóvenes

poco cualificados y, ahora, el de los pequeños y medianos agricultores, en gran parte ganaderos, (...) se encuentran empobrecidos y marginados” (p.139). Muchos de ellos votan al Frente Nacional (FN) que se define a sí mismo como “una fuerza política opuesta a la globalización, soberanista [y] hostil a los inmigrantes y a los refugiados” (p.140). Esta Francia fragilizada y empobrecida por la globalización coexiste con otra plenamente integrada en ella. Se trata de una Francia posindustrial y dinámica que mantiene la presencia de grandes empresas de nivel mundial y que continúa beneficiándose del apoyo de un Estado modernizador (p.140).

A pesar de ello, el autor considera que, de manera general, “el Estado está cada vez más alejado de la sociedad y esta distancia es mantenida por un pensamiento económico y social que se satisface de un análisis determinista de las desigualdades sociales, contribuyendo así a debilitar la capacidad de acción y de enderezamiento de una sociedad que se representa a sí misma como la víctima de una situación sobre la cual no parece poder actuar” (p.141). Y añade, “es en esa doble inversión de un mundo activo hacia un mundo pasivo, en esa pérdida de confianza y, por lo tanto, de capacidad de negociación, que se encuentra la causa principal de la crisis francesa. (...) Por lo cual, no se trata de una crisis económica sino de una crisis de representaciones, de ideas y de voluntad” (p.142). Esto implica el alejamiento de la ideología y el acercamiento a la práctica (p.145).

En ese nuevo contexto, la sociedad actual ha convertido la subjetivación en su principio legitimador. “Debe ser protegida como un derecho humano fundamental. El respeto de su libertad, de su igualdad y de su dignidad hace de cada ser humano un sujeto. Los derechos de ese sujeto deben ser situados por encima de nuestras [obligaciones] hacia la sociedad” (p.149). El sociólogo galo estima que esta estrategia política solo será eficaz si hace pasar del lado de un mundo abierto y creativo a una amplia fracción de los que han sido obligados, para defenderse, a encerrarse en un mundo lleno de impotencia (p.150). En definitiva, se trata de contribuir a la edificación de un nuevo modelo político que asocie modernización, respeto de los derechos e integración social (p.150).

En el séptimo y último capítulo, titulado “por encima de los partidos, los sujetos-ciudadanos”, el autor observa que Francia está inmersa, como todos los países de su entorno y en particular los países mediterráneos, en la difícil transición que transcurre de las políticas nacionales a las decisiones internacionales. En ese contexto, considera que, “los partidos que representan tradicionalmente a la derecha y a la izquierda no proponen a los electores unos objetivos capaces de hacer salir el país de la crisis y de su inamovilidad, lo que permite al Frente Nacional poner de manifiesto dos temas: el rechazo de los inmigrantes y (...) refugiados, por una parte, y, la salida de Europa, por otra parte” (p.162). Ante esta situación, “los partidos clásicos deben hoy en día

poner en la primera posición de sus objetivos la reinserción de Francia en el mundo moderno y comprometerse a trabajar en prioridad al enderezamiento de las regiones [relegadas]. Estos dos factores de integración tienen en común el hecho de obrar al fortalecimiento de la nación en su entorno mundial” (p.163), partiendo de la base de que el crecimiento económico y el progreso social son inseparables.

Para el sociólogo galo, la política ha dejado de situarse en el centro de la vida social y económica, hasta el punto de que no constatemos ninguna expresión directa de las relaciones sociales y económicas en la vida política. En otras palabras, “no es en la vida política en la cual los nuevos actores sociales pueden expresarse. Lo que provoca una pérdida de crédito asociado a la política, lo que da lugar a la caída de los partidos políticos y de la propia clase política, acusada de estar corrompida y de defender intereses particulares” (p.166). Esta transformación del rol de la política en las sociedades contemporáneas afecta a numerosos aspectos de la vida social (p.167).

Asimismo, el autor estima necesario reconocer la labor desempeñada por los grupos de iniciativa ciudadana (p.170). “Estos grupos podrían (...) constituir un nivel de intervención política intermedio entre los electores y los partidos, quitando a estos últimos el monopolio de la representación” (p.171). De manera más general, considera que un verdadero renacimiento del espíritu público es necesario, lo que exige que la acción y la organización política se subordinen ellas mismas a valores éticos universales, como la dignidad de los seres humanos (p.172). En ese sentido, frente a las nuevas fuerzas de destrucción, “los nuevos actores políticos deben ante todo buscar ampliar el espacio y el tiempo político al servicio de los derechos de los sujetos humanos, con el fin de permitir a los individuos y a los grupos hacer oír sus exigencias y sus derechos, resistiendo a las presiones ejercidas sobre ellos por las fuerzas de la tecnología, del beneficio, del poder y de la propaganda” (p.172).

Por último, el sociólogo galo piensa que, al salir económicamente y socialmente de la sociedad industrial, hemos salido de su manera de vivir la política así como de su concepción de las reformas sociales a favor del bienestar (pp.172-173). Esto significa el fin de la idea de progreso como asociación natural del aumento de la productividad y de la elevación del nivel de vida, así como de la ampliación de las libertades y de la diversidad (p.173). La prioridad, para Touraine, consiste en “definir un nuevo campo de luchas entre subjetivación y des-subjetivación, (...) dominantes y dominados, (...) poder total y movimientos ético-democráticos” (p.173). Porque los principales actores, hoy en día, son las figuras de la subjetivación, en particular los movimientos sociales y las transformaciones sociales en nombre de los cuales luchan para proteger la dignidad humana (p.173). El autor considera que, ante la ausencia de una nueva manera de pensar la sociedad en la que hemos entrado y la aplicación de un nuevo pensamiento, estamos condenados al fracaso (p.175).

En suma, asistimos a un “enfrentamiento entre los partidarios de los derechos y de la dignidad de los seres humanos como sujetos (...), por un lado, y los que valorizan las pertenencias, las obligaciones y los odios comunitaristas (...), por otro lado. [Es] el conflicto dominante en las sociedades que se definen a la vez por la comunicación, la globalización y todas las formas de poder total” (p.133). Es la razón por la cual, en el ámbito político galo, “se debe priorizar la lucha contra el Frente Nacional, lo que implica la reintegración en la vida económica y social de aquellos que han sido rechazados en la exclusión y la precariedad. Y, [esto] (...) se acompaña de una acción positiva de acogida de los refugiados cuyos derechos fundamentales debemos respetar” (p.183). Si esto no se produce, vaticina el autor, “nos encontraremos en un impasse político, [ya que] los electores comparten un triple rechazo de los tres principales partidos” (p.184).

Al término de la lectura de *Le nouveau siècle politique*, es preciso reconocer la amplia cultura en humanidades y ciencias sociales de Alain Touraine, lo que le permite realizar un fresco histórico y un repaso de la historia de las ideas, así como su inscripción en los debates internacionales que agitan estos ámbitos del conocimiento. A su vez, tiene una visión global, aunque centre su reflexión en el caso francés, lo que es reseñable en una época marcada por la especialización extrema, los enfoques micro o meso, y el nacionalismo teórico y metodológico. De la misma forma, Touraine demuestra una curiosidad insaciable y realiza un esfuerzo constante para identificar los rasgos del nuevo tipo de sociedad en gestación. Asimismo, aborda directamente los principales retos a los que se enfrentan los países occidentales, desde la cuestión nacional y la laicidad, hasta el yihadismo, pasando por la escuela y la ecología. Por último, como es habitual en él, compagina un estilo elegante y fluido con la utilización de una terminología amena y comprensible, alejada de cualquier jerga.

No obstante, y de cara a matizar esta valoración, esta obra tiene una fuerte dimensión normativa, dado que Touraine no cesa de indicar lo que debería ser en lugar de centrarse en lo que es. Lejos de limitarse a diseñar un programa de investigación y de reflexión, indica lo que deberían ser las prioridades y los quehaceres de los movimientos sociales y de los gobiernos, lo que va más allá de lo que puede esperarse de un libro de sociología. Esto pone de manifiesto una de las características relevantes de los últimos libros del autor, es decir un giro progresivo de su sociología hacia una filosofía social y política. Asimismo, el sociólogo galo cae a veces en la expresión de buenos sentimientos y en unos llamamientos que pecan por su ingenuidad. Igualmente, confunde a veces la crisis económica, la liberalización de la economía y la globalización de la misma, que, aunque se entremezclen en la práctica, conviene distinguir analíticamente. A nivel formal, el libro consta de ciertas redundancias, aunque inferiores a su precedente libro titulado *Nous, sujets humains* (2015).

En cualquier caso, la lectura de la última obra de una de las grandes figuras de la sociología mundial se antoja ineludible para comprender las nuevas problemáticas y las tendencias emergentes que atraviesan las sociedades contemporáneas.

Bibliografía

- KHOSROKHAVAR, F. (2015) *Radicalisation*, París: Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.
- TOURAINÉ, A. (1955) *L'Évolution du travail ouvrier aux usines Renault*, París: CNRS.
- TOURAINÉ, A. (1965) *Sociologie de l'action*, París: Seuil
- TOURAINÉ, A. (1966) *La conscience ouvrière*, París: Seuil.
- TOURAINÉ, A. (1969) *La société postindustrielle*, París: Denoël-Gonthier.
- TOURAINÉ, A. (1973) *Production de la société*, París: Seuil.
- TOURAINÉ, A. (1978) *La voix et le regard*, París: Seuil.
- TOURAINÉ, A. (1984) *Le retour de l'acteur*, París: Fayard.
- TOURAINÉ, A. (1988) *La parole et le sang*, París: Odile Jacob.
- TOURAINÉ, A. (1994) *Qu'est-ce que la démocratie?* París: Fayard.
- TOURAINÉ, A. (1997) *Pourrons-nous vivre ensemble? Egaux et différents*, París: Fayard.
- TOURAINÉ, A. (2015) *Nous, sujets humains*, París: Seuil.
- TOURAINÉ, A. (2016) *Le nouveau siècle politique*, París: Seuil.
- TOURAINÉ, A. et al. (1978) *Lutte étudiante*, París: Seuil.
- TOURAINÉ, A. et al. (1980) *La prophétie antinucléaire*, París: Seuil.
- TOURAINÉ, A. et al. (1981) *Le Pays contre l'Etat*, París: Seuil.
- TOURAINÉ, A. et al. (1982) *Solidarité*, París: Fayard.
- TOURAINÉ, A. et al. (1984) *Le mouvement ouvrier*, París: Fayard.

Eguzki Urteaga

eguzki.urteaga@ehu.eus

Universidad del País Vasco

Vitoria, España